

hambrientos voraces los ahitos satisfechos. Claudio devolvió al Senado la infeliz Acaya, mas recomendándole justicia por amor á la ciencia. No obstante haberse decidido los destinos del imperio en Grecia, ningún emperador la visitó adrede y por honrarla. Únicamente un príncipe de la sangre cesárea, Germánico, abuelo materno de Nerón, pasó allí algún tiempo de camino á Oriente. Lo que más fijó su atención, cual á un soldado cumpliera, fué aquel célebre golfo de Accio, donde venció al brutal Antonio el fino Augusto, cuyos trofeos de triunfo aún resplandecían en las playas. Mas no quiso irse de ningún modo al Asia sin visitar Atenas, en cuyo seno entrara, por culto á ciudad tan divina, precedido de un lictor tan sólo, cual si prefiriera el título de ciudadano en un pueblo libre al título de príncipe y general en un imperio esclavo. Pero no entró con buen pie Germánico en Atenas. El receloso Tiberio aprovechó aquella coyuntura para perseguirlo y aquella ocasión para envenenarlo. Díjole cómo Atenas entonces no estaba compuesta de atenienses legítimos, sino del rebujo de la humanidad, nunca bien legitimado, y recordándole cómo se alió este rebujo con Mitrídates contra Sylá y con Antonio contra Augusto, hizo de sus homenajes á tal pueblo un delito de lesa majestad. Germánico amó á la dulce Atenas por culto á la república, y este culto merecía en concepto de Tiberio la muerte. Un año después de su visita murió el padre de Agripina, envenenado por un esbirro de Tiberio. Calígula no pudo ir á Grecia en persona, pero sí llevarse de Grecia los mejores simulacros y estatuas. El Júpiter Olímpico se quedó en el sitio donde lo colocara Fidias por no haber encontrado arquitecto que lo removiera de aquel ara, ni jornalero que ayudase á la remoción. Aunque Nerón concluyera el despojo de obras artísticas para ornamento de su áurea casa en Roma, como á cada instante llamara concedores únicos á los griegos en música, correspondíanle á una éstos, diputándole comisionados que le ofrecían el premio de los certámenes y cuanto laurel pudiera crecer en aquel suelo y cuantas coronas tejerse por aquellos dedos que habían convertido los mármoles en dioses. No se lo dejó decir muchas veces, y tras tantos y tantos infortunios como lo habían probado y malherido; tras el incendio de Roma, en que apareció como un exterminador; tras la muerte de Agripina, en que apareció como

un Orestes; tras la inmolación voluntaria de Octavia y la involuntaria de Popea; tras aquellas conjuraciones, en cuyos incidentes no le quedó más refugio que un encierro y reclusión dentro de sí mismo, puesto que todo cuanto en Roma lo circuía le hostilizaba, corrió á Grecia, como un artista en vacación, requiriendo de su hermosura emociones nuevas que agitaran su pecho y encendieran su entusiasmo, juntamente con un teatro apropiado á sus ejercicios como atleta, y á sus porfías como cabalgador, y á sus obras como trágico, y á sus arengas como retórico, y á su voz como cantante, y á sus relieves como artista plástico, y á sus inspiraciones como poeta.

A fines del año sesenta y seis partíase de la ciudad el emperador, no en servicio y gloria de su corona, en servicio y gloria de su vanidad; no en afirmamiento de su poder político, en afirmamiento de su renombre literario; no para domar los pueblos bárbaros como un gran general, para disputar los premios artísticos como un histrión, precedido por los cinco mil augustales organizados para exaltarle y aplaudirle; rodeado de una corte compuesta por cómicos y bailarinas y atletas y músicos y maestros de gladiadores; asistido de un ejército á la verdad tan fuerte y numeroso que hubiera podido conquistar las Indias, como el ejército de Alejandro, si llevase catapultas, picas, puñales y espadas, en vez de llevar cítaras que adormecen, disfraces que humillan, flautas que recrean, arpas que encantan, caramillos que afeminan, bufones que encanallan, máscaras para ocultar el rostro, los instrumentos artísticos, buenos cuando expresan el ideal, pero pésimos cuando se juntan para servir los embustes y farsas de un criminal tirano. Grecia suspendió todos los juegos usuales en su religión y en su Estado decretándolos para el año de su arribo, aun los centenarios; con el resuelto propósito de facilitar la presencia del emperador en todos ellos y las opciones al premio con detrimento del antiguo derecho religioso y de las viejas históricas liturgias. Nerón, sin embargo, decidió descartar dos ó tres sitios de Grecia por motivos de alguna congruencia con su historia y reveladores del grande número de remordimientos que se le metían en el corazón y le adoloraban el ánimo. Borró Esparta del itinerario por creer aquellas santas leyes, que realzó el sacrificio de Leónidas, desacatadas por su pre-

sencia; borró Atenas por hallarse próxima del bosque de las furias, que asaltaron á Orestes tras la terrible inmolación de su madre; borró Eleusis por no escuchar al ingreso en sus misterios el grito terrible «¡fuera de aquí los impíos!» resonando como un mandato de severa expulsión en su conciencia. Y entretanto, el pueblo y el Senado de Roma ofrecían todo género de votos al cielo para el debido logro de los deseos y aspiraciones del César. Hacíanse rogativas populares por calles y plazas en ruego á los dioses de sus premios; votaban los patricios áurea estatua con peso de mil doscientas libras, que pudiera emular las estatuas más ricas y colosales de Apolo; morían á manos del verdugo unos patricios, hijo y padre, porque ostentaban el nombre de Píticos, heredado de sus abuelos, y precisaba que tal nombre únicamente lo pudiese llevar Nerón. Por su parte daba el emperador á la correría los aspectos varios, ora de una procesión gigantesca, en que desfilaba un ejército de sacerdotes; ora de una función dramática, en que los actores eran pueblos y el escenario una región entera y el asunto un poema; ora de una farsa continua, en que los dicharachos y los títeres y los juegos de manos y los escamoteos se juntaban á entremeses burlescos y farsas ridículas; ora de una carrera hípica, donde competían jinetes y carros; ora de un baile inmenso como los litúrgicos usuales en las antiguas religiones; ora de una bacanal en que ardían las antorchas sacras y sonaban los evohés provocativos y reboaban las copas llenas de mosto y los bacantes de uno y otro sexo bailaban en un regocijo rayano con la demencia, presa todos de un delirio cuyos efluvios parecían pegarse á las cosas inanimadas, las cuales todas se estremecían á los ecos de las canciones y á los saltos del baile. Dondequiera que había una particularidad, señalábalas él con una extravagancia. Como le dijeran que no se había encontrado fondo en la misteriosa laguna de Alción, echóle una cuerda larga de un estadio con plomo al cabo, la cual confirmó lo dicho, y una vez de ello cerciorado, mandó la celebración de una espantosa orgía en honor de Baco. A los tespios, que poseían una estatua del mérito por todos reconocido en el Amor de Praxiteles, robóles tan bello simulacro, dando en cambio á la Juno de Micenas una diadema de oro y un traje de púrpura. Pero en cosa ninguna se conocen los desvaríos del cuitado como en sus proceder con el

maestro de baile Paros. Túvole á su lado toda la vida. En sus lecciones aprendió cuanto en materia de danzar él sabía. Enseñóle á moverse al compás de la música y de sus instrumentos, á mover cabeza y brazos y pies con regularidad verdadera y en acompasadas cadencias, á saltar en la bacanal como un sátiro y á marchar con todas las solemnidades y todos los respetos de un sacerdote penetrando en los viejos templos; enseñóle, digámoslo de una vez, á bailar toda suerte de bailes, desde los militares hasta los religiosos. Nerón estaba contentísimo de su arte propio en Roma é iba en todos los espectáculos de tal arte siempre acompañado por su maestro favorito, creyéndose un maestro él mismo. Pero cuando fué á Grecia y pudo cerciorarse de que había secretos en la danza no revelados á su persona, gestos y actitudes por él desconocidos, figuras nunca vistas en su enseñanza, llamó á Paros, le riñó con terribles insultos, dándole con su malicia en rostro, y lo mandó desollar como reo de lesa majestad.

El sitio que naturalmente llamaba sobre todos los sitios aquellos la móvil atención del emperador era el designado por la nacional religión para templo de Júpiter Olímpico en la deliciosa región del Alfeyos. A Olimpiadas reducían los griegos sus anales históricos, y al amor de aquel templo celebraban las juntas que sabían extraer el universal espíritu helénico de todos aquellos pueblos varios y desligadas ciudades. Ningún edificio podía competir con el Partenón del Atica como éste del Alfeyos. Dórica su arquitectura y por ende severa; de mármol negro su pavimento, festonado por listas blancas, brillante como greca de clarísimo vidrio y entreverado de mosaicos, cuyas piedras se combinaban para componer con los naturales colores suyos los genios del agua y del aire y del fuego, de todos los elementos; con un hermoso triángulo por frontón, entre las líneas del cual se contenían florones dorados y tripodes airosas y la victoria con alas; de un peristilo preciosísimo, que componía mágico intercolumnio con aquellas fustes erguidas como troncos de cedros seculares; con un vestíbulo cubierto de alabastro resplandeciendo como nácares y madreperlas; contenía el tal templo al Júpiter modelado por Fidias en emulación y competencia consigo, pues sólo sus obras podían ser de sus obras rivales; Júpiter, asentado sobre un trono de negro ébano con multicolores pe-

drerías en él embutidas, el pecho y los brazos de marfil, las negras pupilas de zafiro, encerradas en ojos de brillantes, áureos los rizos del cabello y barba, en la derecha mano una estatuilla hermosa y en la izquierda un cetro de metales valiosos, parecido á un rayo fulminante; la túnica también áurea con esmaltes de flores naturales tan bien imitadas que parecía percibirse la campestre fragancia, y en las líneas del rostro una sublimidad tan alta, reunida con una gracia tan armoniosa, que lo tomaríais por la esencia divina revelada y visible, irradiando con la bondad y el amor de toda su figura los resplandores de la más entera y más estricta justicia. Delante de tal simulacro extraordinario tenía Nerón que intentar cosas extraordinarias también. De allí necesitaba extraer un premio y un lauro que lo pusiesen al nivel de Júpiter mismo en el concepto de los hombres y de los dioses. Tenía, pues, que ponerse á tan grande altura que reviviera Píndaro á cantarle sus glorias y Horacio á traducir en clásico latín los loores de Píndaro. Las férvidas arenas del olímpico estadio relumbraron cual en cielo clarísimo de una estival noche las brillantes vías lácteas. Los bosques de olivos, entrecortados por columnas de mármol pentélico, se perdían á la vista y rebasaban los límites del horizonte sensible. Nunca en su vestíbulo se aglomerara tanta gente, ni en las vecinas dependencias tantos cocheros y carros. Los griegos creían que deseaba el emperador contender de veras é iban solícitos á disputarle sus palmas. El pórtico, precedente al estadio, tenía forma de nave y entraba en el circo cual una proa en el agua. En esta proa brillaba un delfín de bronce dorado; delante del áureo delfín un águila con las alas abiertas. Por medio de un resorte subía el águila en raudo vuelo á lo alto y bajaba en pesado descenso el delfín á las aguas. Tal subida y tal bajada servían á designar el comienzo de aquella grande competencia y la entrada en liza. Los diversos estadios de aquel hermoso hipódromo estaban sembrados de obstáculos que detenían á los tímidos y espoleaban á los valerosos. Aparecía primero el temido altar de Taraxippo, que sembraba un pánico terror misterioso en los competidores y concurrentes; luego seguía la tumba del pastor Endimión, á quien Diana diera, cierta encantadora noche, hallándolo dormido en el bosque, con sus rayos argénteos, un casto beso; acabábalos una colina como de coral, por lo rosácea, que

también enardecía ó espantaba los caballos y los jinetes comprometidos en la famosa competencia. Nerón montaba un carro, del cual iban tirando diez caballos. Azotólos con suma gracia y corrieron al azote con suma celeridad, semejando por el brillo etéreo de la carroza un dios envuelto en un relámpago. Todo parecía someterse á su voluntad, cuando, llegados al primer obstáculo sus caballos, se asustaron y encabritaron y desbocaron, despidiéndole como una flecha y arrojándolo sobre las férvidas arenas. Volvió á subir, en su deseo de acabar la carrera; mas las sacudidas fueron tan violentas y tan indómitos los brutos, que lo arrojaron de nuevo por tierra. Tuvo que declararse vencido; y sin embargo, sus aduladores le concedieron el premio, más espantados que los caballos mismos en su desboque, al considerar cuán insuperable obstáculo para ellos hubiera sido el enojo é ira de Nerón.

No podía éste dejar de asistir á Delfos. El dios á quien más él se asemejaba era el dios Apolo, cuyo manto se había puesto sobre los hombros á la continua y cuya lira llevaba en las manos y cuyos rayos en las sienes como esplendente aureola. El sol, representado por divinidad tan hermosa; las cuerdas sonoras de su áurea lira; el manto parecido á los arboles del ocaso y la túnica también análoga con los argenteos del alba; las palomas, por Júpiter expedidas á señalar el centro de la tierra, que se posaron en la solfatará de donde surgieron aquellos azufrados vapores que sugerían una inspiración desordenadísima, en la cual iban encerrados anuncios y presagios de lo porvenir; la trípode, por Hércules disputada, sobre la cual se ponía la Pitonisa para decir sus oráculos; las ideas invisibles, por aquellos aires diluídas, y el coro de bellas estatuas, alzado en su campiña, gozaban de tantos privilegios y trascendían á tal prestigio, que no pudo excusarse Nerón de visitarlos y dejar en ellos su indeleble huella.

Pero tuvo acogida bien contradictoria que le movió á bien opuestas resoluciones. En los primeros días de su estancia el oráculo se mostró muy propicio con el emperador y éste muy manirroto con el oráculo; mas como cambiase al poco tiempo y le llamara Orestes, nombre perseguidor de su conciencia y de su vida, enfurióse Nerón hasta perder la cabeza, y para vengarse compró el campo círrico, tierra sacra dependiente del templo, y arrojó á la sima de

donde partían las respuestas oraculares varios condenados á muerte, para que sus podridas carnes y su sangre venenosa extinguiesen la virtud sublime de aquellas exhalaciones litúrgicas. En Corcira, isla del mar Jonio, llegóse á Casiope, donde vestido con traje teatral, acompañándose con la cítara, cantó lo que llamaríamos hoy un aria entre forzados vítores y aplausos. Mas el principal hecho político de su viaje á Grecia fué una declaración solemne de libertad completa dada por sus heraldos en voz alta y dicha en aquellos juegos ístmicos, á los cuales iba reunido el recuerdo de los anfictionados inmortales. Y si este fuera el primer hecho político, el primero en otro género de ideas fué aquel rompimiento y apertura de la lengua ístmica en Corinto, que no ha olvidado la historia. Píndaro le llamaba en sus *Istmicas* un puente sobre los mares echado por los dioses. Tal estrechísima lengua de tierra embarazaba mucho la navegación en aquellas costas, separando las bahías de Corinto y Atenas. Mientras los navíos fueron pequeños, trasladábanlos del uno al otro mar valiéndose de una vía mecánica, la cual se llamó Delios; pero así que crecieron los navíos, tan fácil y sencillo medio se inutilizó completamente. Dos veces quisieron abrirlo en tiempos anteriores gentes poderosas, y dos veces mararran sus cálculos al temor de una inundación que sumergiese la hermosa Egina y de supersticiones las cuales anunciaban desgracias sin cuento á quien pusiera mano en tan temerario empeño. Así que Nerón vió aquellos sitios consagrados por cien sacratísimos recuerdos, empezó la obra, designando el día de la inauguración solememente y por sabio rescripto. La noche anterior á tal fiesta durmió en una tienda, cuya magnificencia recordaba el oriental esplendor y lujo de los persas en las orillas del Granico. Salió de la tienda vestido en traje sacerdotal y saludando en cánticos acompañados con el arpa á los dioses marinos protectores de aquellos lugares. El gobernador aqueo le presentó una paleta de oro, y con ella echó tres paletadas de cal en un hoyo y luego tres capacillos de arena llevados sobre sus augustas espaldas. Luego dirigió un discurso á los jornaleros, persuadiéndolos á trabajar con ahinco. Los condenados á muerte por todos los tribunales del imperio, los judíos que había expedido Vespasiano en número de diez mil desde Jerusalén, una porción de desterrados políticos trabajaban allí. El filósofo

Demetrio, compañero de Nerón, refiere que halló á su colega en profesión Muzonio trabajando, y como se doliera de su miseria y de su faena, díjole con humildísimo acento el desgraciado: «Prefiero cavar la tierra en el istmo como un esclavo, á tocar la flauta en el teatro como un Nerón.» Los presagios de que todo golpe asestado al istmo traía consigo un infortunio aparejado se cumplieron; y cuando acababa Nerón de inaugurar los trabajos, llególe un emisario de Roma notificándole cómo se veían relampagueos siniestros de conjura en el horizonte y á lo lejos sonaba el trueno augurando la guerra civil. Nerón mandó inmediatamente suspender los trabajos y se puso en cobro para destruir y conjurar aquellas amenazas. Sirvióle de pretexto á tan súbita resolución el temor, no tomado por él en cuenta cuando comenzara la obra, de que podría caer el mar Jonio sobre el mar Egeo, entrando con tal violencia en el golfo de Salamina que destruyera los islotes por allí diseminados en tan hermoso archipiélago. El retorno á Roma fué solememente anunciado. Los enemigos romanos de Nerón se conmovieron, temblando por sus vidas, al verlo venir malherido por la interrupción del viaje, amargado por las conjuras; y llenaron el aire de regocijados gritos y jubilosos vítores, llegando á decretar los senadores más hostiles al César tal número de fiestas en acciones de gracias á los dioses por el regreso, que no hubieran podido celebrarse ni en todo un siglo.